



PATRIMONIO SE HACE, NO NACE

ALEXANDRA KENNEDY TROYA

Es evidente que Cuenca no fue lo que es ahora durante las distintas etapas de su vida. Otrora la segunda capital del incario, la magnífica Tomebamba redescubierta al mundo por Max Uhle por la década de 1910; destruida inmisericordemente por Atahualpa antes de la llegada de los españoles a principios del siglo XVI.

Durante la Colonia, la ciudad era importante sede religiosa, la destruida Compañía de Jesús antiguamente situada en parte de lo que es hoy la Catedral Nueva o los monasterios del Carmen y las Conceptas, la Catedral Vieja, aún en pie dan testimonio de ello, pero...no queda una sola casona de aquellas épocas, ni la sede de gobierno, ni el hospital. De la Colonia casi no queda nada, unos pocos cimientos, alguna casa como la de Las Posadas actualmente muy intervenida. Queda, eso sí, la traza en cuadrícula o damero en la meseta alta sobre el río Tomebamba.

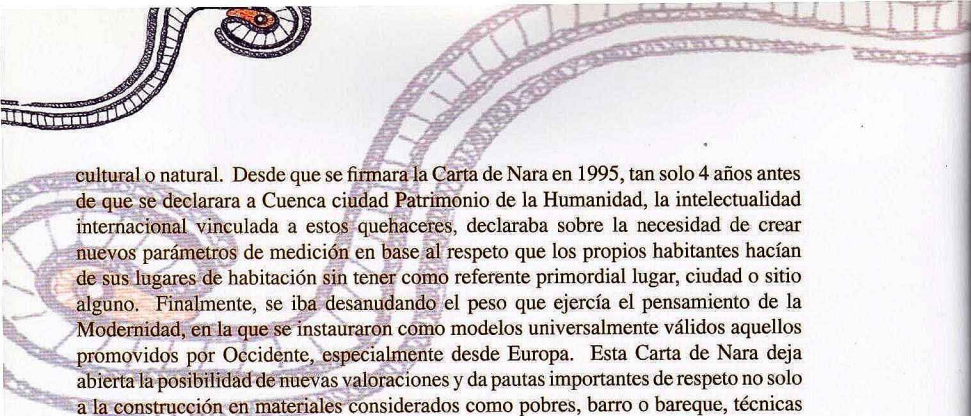
corteza que refinada servía para la cura inmediata de fiebres terciarias. A esta etapa pertenecen las grandes casas edificadas entre 1870 y 1930, el núcleo del actual centro histórico, el Banco del Azuay, la Antigua Universidad del Azuay (hoy de Cuenca) actual Corte Superior de Justicia, la Casa de Chaguarchimbana y tantas otras. Quedan los vestigios arqueológicos de Pumapungo, el barrio administrativo, religioso-ceremonial de la ciudad inca, a modo de aditamento, pobremente articulada al devenir histórico de la ciudad actual y al que muchos arqueólogos talentosos y serios ve con grandes cuestionamientos sobre su restauración y formas de exhibición de lo que pudo haber sido este importante sector.

Si observamos el sinnúmero de fotografías de fines del siglo XIX y principios del XX, podemos apreciar una ciudad sencilla, cuya vegetación es aún escasa; el Barranco, por ejemplo, es un lugar desprovisto de la frondosidad actual, un lugar al que bajaban decenas de aguateros, indígenas con grandes pundos que recogían el agua del río para el servicio y limpieza de la zona alta. La zona sur, denominada El Ejido, se empieza a construir sobre antiguas quintas campesinas. Sobre estas se va trazando la Avenida Solano, casi como que fuesen los Campos Elíseos parisinos, en ella se inscribe en solitario el Colegio Benigno Malo.

Entonces, ¿qué y desde qué perspectivas se construyeron en el imaginario como en la realidad la ciudad patrimonial? En las últimas dos décadas Cuenca se ha transformado vertiginosamente y lo ha hecho con gran dignidad. Pero también ha crecido y ampliado la mentalidad con la que los organismos internacionales calificaban positiva o negativamente la patrimonialidad de un sitio

La Cuenca que hoy percibimos, que hoy admiramos y sentimos "patrimonio" de la humanidad está más bien pensada desde su período de oro, de un momento en que algunas familias prestigiosas de la ciudad lograron amasar fortunas en la producción y exportación del sombrero de paja toquilla y la extracción y venta de las cascarilla o quinina, apetecida





cultural o natural. Desde que se firmara la Carta de Nara en 1995, tan solo 4 años antes de que se declarara a Cuenca ciudad Patrimonio de la Humanidad, la intelectualidad internacional vinculada a estos quehaceres, declaraba sobre la necesidad de crear nuevos parámetros de medición en base al respeto que los propios habitantes hacían de sus lugares de habitación sin tener como referente primordial lugar, ciudad o sitio alguno. Finalmente, se iba desanudando el peso que ejercía el pensamiento de la Modernidad, en la que se instauraron como modelos universalmente válidos aquellos promovidos por Occidente, especialmente desde Europa. Esta Carta de Nara deja abierta la posibilidad de nuevas valoraciones y da pautas importantes de respeto no solo a la construcción en materiales considerados como pobres, barro o bareque, técnicas tradicionales o renovación constante de ciudades enteras; sino que da la palabra a otros sectores para advertir la importancia de un sitio bajo historias y parámetros distintos a los consabidos.

Podría jurar que si Cuenca se candidatizaba como ciudad patrimonial a fines de la década de los 70 del siglo pasado, es muy posible que tal solicitud “pasaba cantando”. Entonces, ni la propia población pensaba en su ciudad capaz de ser puesta en la agenda internacional como una de las maravillas del mundo digna de ser conservada. Simplemente se la vivía, se la vivía profundamente, ajena a qué pensarían de ella o cómo la mirarían. Hacía esfuerzos por sobrevivir frente al eterno aislamiento de los gobiernos centrales. Entrar o salir de ella era esfuerzo de titanes, malas vías terrestres, pobre servicio aéreo, ferrocarril hundido en el olvido.

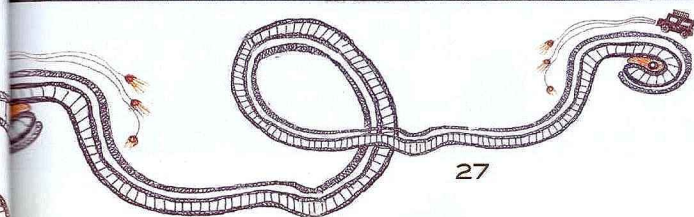
Pero unos pocos cuencanos empezaron a valorar su entorno, a temer que se perdiera irremediamente, a luchar contra la modernización que se venía encima, a dejar que se siguiera demoliendo lo anterior, tal como había sucedido generación tras generación. La preocupación brotó, no desde la oficialidad, sino desde la sociedad civil. El grupo “Acción Cívica” hizo cuánto pudo para llamar la atención de los habitantes en torno a recuperar y valorar la arquitectura, las costumbres que en otros sitios se convertían



en museables –la labranza del pan de horno, las fiestas del Corpus, la rústica forja y su barrio de herreros–, los árboles que se convertían en parte viviente y patrimonial de la ciudad.

Los años 80 fueron claves en la institucionalización de estos sentires conservacionistas de un grupo, Cuenca se convirtió en sede regional del Instituto de Patrimonio Cultural, se le nombró ciudad patrimonio nacional, se hicieron inventarios e incipientes planes de ordenamiento, se convirtió en un laboratorio de las primeras acciones de protección. Se recuperaron los dos monasterios antedichos, se creó el primer museo de monjas de

clausura del país, tras su extraordinaria intervención, se continuó con un programa ambicioso de excavación arqueológica en Pumapungo. El Pase del Niño cobró gran importancia, fiesta popular que año tras año sigue creciendo. La creación de la Bienal Internacional de Pintura con sede en Cuenca fue significativa en cuanto a vincular la tradición a la contemporaneidad y romper, definitivamente, con lenguajes de comunicación que debían quedar en el pasado. Se amplió el abanico de actividades, de la literatura a la cual se adscribieron buenos y malos escritores, se pasó al deporte, al manejo medioambiental y control de las fuentes hídricas,



a la modernización de las artesanías, a nuevas formas y dinámicas de capacitación. Las entidades no gubernamentales, las ong's, han promovido una actividad de autorreconocimiento a sectores marginales de importancia aún no valorada.

Y se amplió el concepto de Cuenca, una ciudad para vivir. Se reconstruyeron plazas olvidadas como San Blas o San Sebastián, se ampliaron los complejos deportivos, se empezó a pensar en un centro peatonal de veredas anchas, se abrieron cafetines y cines, se ofertó un nuevo arte en la Galería Proceso, la Orquesta Sinfónica floreció a tal punto que un público variopinto acude masivamente a sus presentaciones. Cuenca se ha vuelto divertida, sorprendente, atractiva, humana, diversa, tolerante.

Por todo lo anterior y mucho más, diría que esta ciudad no nació patrimonial, sino que se ha hecho en los últimos 20 años, se ha construido a sí misma, tiene alma, se sabe atractiva sin pretensión. No es la historia sola la que hace de un lugar un sitio destacado, es el deseo de sus habitantes en presente de cuidarla, de embellecerla, de hacerla agradable, sostenible y dinámica.

Quizás de esto se trate el proceso de identificación, de identidad, de lo que con tanto entusiasmo habla Oswaldo Hurtado cuando hace referencia a Cuenca como modelo de ciudad para vivir.

